

Discurso del P. General Adolfo Nicolás sj, con ocasión del 150 aniversario de la educación jesuita en Filipinas. Universidad Ateneo de Manila (13 julio 2009)

PROBLEMAS Y DESAFÍOS DE LA EDUCACIÓN JESUITA

PROFUNDIDAD Y UNIVERSALIDAD

Introducción

Me siento feliz de estar con vosotros esta mañana para celebrar juntos el don de 150 años de educación jesuita en Filipinas. ¡Es tanto lo que tenemos que agradecer! Aquel insignificante Ateneo Municipal de 1859 con 33 estudiantes se ha convertido increíblemente en las nueve instituciones que hoy forman parte de la Asociación de Educación Jesuita que a lo largo de estos años ha educado a centenares de millares de Filipinos. Hemos sido bendecidos con la presencia de extraordinarios estudiantes que realmente significaron una diferencia, entre los cuales basta nombrar al más famoso de ellos, vuestro héroe nacional José Rizal; él y tantos otros contribuyeron a hacer de la educación jesuita una fuerza innegable para el bien de la nación. Y, por supuesto, tenemos que sentirnos agradecidos por la presencia de tantos jesuitas, sobresalientes y generosos, que junto con colegas y compañeros, han servido las instituciones de este siglo y medio. De ellos sois vosotros hoy los representantes. Juntos agradecemos estos dones al Señor. Pero permitidme que mis primeras palabras sean de felicitación y agradecimientos a todos vosotros en nombre de la entera Compañía de Jesús.

Me produce una profunda satisfacción saber que hayáis decidido celebrar este siglo y medio de misión en el campo de la educación no como un ejercicio de autocomplacencia sino, en pura tradición ignaciana, mirando hacia adelante y preguntándoos a vosotros mismos cómo podéis contribuir más a la gloria de Dios y servicio de su pueblo. Los organizadores del Congreso de Educación Básica han diseñado un logo que expresa maravillosamente el espíritu que anima nuestra fiesta de hoy. El logo que yo he visto muestra un barco navegando a velas desplegadas. La vela tiene forma de paloma y de llama. La nave nos recuerda, por supuesto, la travesía de aquel primer grupo de misioneros españoles que volvieron a Filipinas en 1859.

Pero es también un símbolo de todos vosotros navegando con rumbo a nuevas fronteras, impelidos por un fuego interior y el viento del Espíritu Santo.

Este logo me dice dos cosas importantes relacionadas con el sector educativo de la Provincia Filipina. En primer lugar, que es una Provincia que sale fuera mirando al futuro. Los cambios del mundo desde que se formularon las Características de la Educación Jesuita han sido muchos e importantes. Con mucha más razón puede decirse lo mismo con respecto a la coyuntura en la que nació la Ratio Studiorum. Por eso me complace saber que más adelante en el programa de hoy, el Director Tyler Sherwood hablará acerca de un tema intrigante: "el desarrollo de nuestros estudiantes y la educación... pero ¿es esto verdad?". En otras palabras: está claro que os enfrentáis con las nuevas necesidades; buscáis nuevas respuestas para un mundo nuevo.

Pero la segunda cosa que este logo me dice es que esta celebración quiere mirar también al interior. Se oye con frecuencia en nuestros días que es necesario ser "competitivos" para enfrentarse con éxito a los rápidos cambios que afectan al ambiente educacional. Sin duda es una faceta importante. Pero vuestro logo parece decirme que esta asamblea no se contenta con una mera "puesta al día" sino que aspira a escuchar al Espíritu; a dejar que el "Espíritu sea en verdad el viento que mantiene henchidas las velas y firme el timón de nuestros colegios. En otras palabras, me parece que estos días están orientados a discernir, escuchar, al espíritu y la actitud.

Esto me conforta, porque estoy persuadido de que no esperáis de mí respuestas largas y estereotipadas aun cuando habéis anunciado mis palabras con un título desmesuradamente ambicioso: "Problemas y Desafíos de la Educación Jesuita". Después de todo, vosotros, no yo, sois los expertos en educación. Vosotros sois los que habéis estado larga y profundamente comprometidos con este apostolado, y conocéis mejor que yo los problemas y desafíos que nos esperan. Además, estáis familiarizados con esos excelentes documentos que todavía tienen mucho que decirnos: "Las Características de la Educación Jesuita", "Los Paradigmas de la Pedagogía Ignaciana", y el ya clásico discurso del Padre Arrupe de 1973, "Hombres para los demás". Mi contribución será mucho más modesta. Pretendo proponeros algunas ideas que estimulen vuestro propio modo de pensar, y os ayuden a compartirlo con los demás. De hecho, quisiera plantear preguntas más bien que ofrecer respuestas. Y no serán "preguntas engañosas" como si yo tuviera las respuestas de antemano.

Ciertas preguntas son como resquicios, hendiduras abiertas en muros defensivos para permitir que penetren por ellas el viento del Espíritu.

Mi experiencia me dice que si intentamos honestamente escuchar lo que el Espíritu nos dice acabamos en extrañas y sorprendentes situaciones. Así es como yo acabé el año pasado, sin intentarlo ni pretenderlo, como General de la Compañía. Por eso espero que al acabar este congreso también vosotros os encontréis sorprendidos de encontrar -como individuos, colegios, red- en tierra extraña. Algunos de vosotros podríais encontrarse en Roma -¡no se trata de una amenaza! - Esto sería, a mi juicio, la prueba de un congreso que ha conseguido lo que pretendía: si al acabarlo os habéis despedido de algo a lo que estabais adheridos por razones de seguridad, y con eso os sentís más libres para navegar mar adentro, en las profundidades de altamar.

La cuestión primordial

Una de las expresiones favoritas de la Congregación General que ha hecho diana en la imaginación de los jesuitas y socios en la misión, ha sido la de "fronteras". Una expresión a la que acuden muchos en la Iglesia y en otras congregaciones religiosas. Ciertamente no es propiedad exclusiva de la Compañía. Pero la expresión, en verdad, es muy evocativa. En su origen geográfico la palabra es fácil de entender. Cuando los primeros jesuitas de la Provincia de Aragón se embarcaron en la nave "Luisita" rumbo a Manila en 1859, el viaje era, naturalmente, mucho más largo y suponía riesgos mayores. Iban en busca de un lejano país sin el beneficio de "Google Earth" que les proporcionara información, estadísticas o imágenes de su nuevo habitat. Hoy tenemos nuevos colegios jesuitas en Kosovo y Sudán, países en los que aún reina la necesidad, el riesgo, los desafíos de tal modo que es fácil de comprender que al fundar esos colegios hemos ido a las "fronteras".

Pero, ¿qué sentido tiene la palabra "fronteras" para muchos de vosotros que os encontráis todos los días en el mismo campus, en el mismo despacho, en las mismas aulas? ¿Dónde están las "fronteras" para una institución de educación jesuita que se encuentra felizmente enraizada y respetada; unas instituciones como las que nos encontramos hoy en Filipinas?

Yo creo que la clave para entender el significado de "fronteras" tenemos que buscarla en las palabras que el Santo Padre dirigió a los miembros de la Congregación General 35. Muchos de vosotros conocéis este magnífico discurso en el que Benedicto XVI nos dijo (y por extensión os dijo a todos vosotros): "La Iglesia os necesita; cuenta con vosotros y continúa a volverse confiadamente a vosotros particularmente cuando quiere llegar a lugares geográficos y espirituales a los que otros no llegan o tienen dificultad en llegar." (Alocución nº. 2) Lugares geográficos y espirituales a los que otros no llegan o encuentran difícil llegar: esas son nuestras fronteras.

Como sabéis muy bien, en el campo de la educación nuestros objetivos no son "pequeños objetivos" sino grandiosos sueños: ayudar a nuestros estudiantes para que consigan lo que el Padre Kolvenbach describió como "un desarrollo completo de la persona que le lleve a la acción: acción transida por el espíritu y la presencia de Jesucristo, el Hombre-Dios-para-los-Otros." ¿Dónde están las fronteras a las que tenemos que dirigimos para alcanzar ese objetivo?

Como he dicho antes, yo no tengo todas las respuestas a estas preguntas, y pienso que el fin de este congreso sea la búsqueda conjunta de ellas. Pero dejadme compartir con vosotros algunas reflexiones personales que quizás estimulen vuestra propia reflexión. Escuetamente querría hablar de dos fronteras. Se trata de las dos principales preocupaciones de la Compañía de Jesús de hoy día, que en mi juicio constituyen también las tareas para nuestra misión en el campo de la educación.

La frontera de la profundidad

La primera de las dos fronteras que querría proponer es la frontera de la profundidad. Para mí, "profundidad" sea tal vez la mejor traducción de la palabra ignaciana "magis". La dificultad en traducir "magis" simplemente por "más", es caer fácilmente en el matiz competitivo de "más", una palabra estandarte en la cultura consumista en la que nos movemos. Si hemos obtenido más premios, o clasificaciones más altas, o disponemos de un número mayor de ordenadores o de facilidades deportivas, o tenemos en nuestras facultades más profesores con grados académicos avanzados, podemos fácilmente engañarnos a nosotros mismos pensando que por eso vivimos el "magis". No quiero decir que esas cosas no sean importantes: son necesidades vitales de las que no puede prescindir un buen colegio. Pero no son suficientes para darle el título de un buen colegio jesuita.

Ignacio estuvo siempre atraído por la "profundidad". Estoy seguro de que lo habréis oído muchas veces: aquel principio ignaciano de "non multa sed multum" que literalmente quiere decir, "no muchos sino mucho". Un principio que aparece originalmente en las anotaciones de los Ejercicios Espirituales pero que también se aplica a la pedagogía. Una paráfrasis de esta sentencia podría ser, "la profundidad más que la cantidad"; "lo que satisface al alma", dice Ignacio, -es decir lo que realmente importa en el intento de hacerse humano y cristiano- no es una gran abundancia de superficiales retazos de conocimientos sino una profunda comprensión y aprecio de lo que es importante.

Cuando leemos los Evangelios vemos que Jesús siempre responde en profundidad. Fijaos el caso de la curación del paralítico a quien sus amigos descolgaron a través del techo y pusieron delante del Señor; o el leproso; o la mujer con el flujo de sangre. En primer lugar Jesús reacciona a la necesidad concreta, inmediata: la curación de la enfermedad. Pero a continuación responde a una necesidad más profunda: el peso de la culpabilidad o el sentido de la desesperación, o el rechazo, o la soledad. Finalmente, Jesús va todavía más lejos y ofrece lo que, sin conocerlo, sea quizás lo que más añoran: el don del reino de Dios, de la amistad con un Dios de amor incondicional. Y esto lo hace de un modo tal que transforma lo más hondo de la persona.

¿Dónde está la profundidad de la educación que ofrecemos y cómo estamos llamados a profundizar aún más? Dejadme hacer unas cuantas preguntas que quizás ayuden a entender lo que quiero decir.

¿Con qué profundidad respondemos a las necesidades de nuestros estudiantes? Si nuestra instrucción es adecuada y puesta al día, responderemos a la necesidad que tienen los estudiantes de formar y desarrollar sus talentos. Pero hay otras necesidades más profundas. Aun los más listos y brillantes están envueltos en un forcejeo. Más allá de las luchas normales de la juventud, muchos tienen que enfrentarse con la realidad de una familia rota; forcejear con sentimientos de aislamiento y falta de comprensión o una inseguridad más profunda de lo que sus mentes pueden comprender. ¿Cómo respondemos al hambre profunda de

encontrar sentido a sus vidas, de encontrar fuerza y razón para esperar, en definitiva, lo que el Reino de Dios puede llevar a sus vidas?

En la liturgia de estos días hemos leído la historia de Jacob y su lucha con Dios. Su primera visión es consoladora, prometedora, iluminadora: contempla ángeles que suben y bajan por una escala que conduce al cielo. Pero su última visión es mucho más oscura, más misteriosa, porque es más profunda. Forcejea con un desconocido que resulta ser Dios; y Jacob vence en la lucha pero sale de ella cojeando, caminando, quizá como Ignacio de Loyola. Esta podría ser la imagen de nuestros estudiantes: no deberían salir de nuestras aulas con paso firme, andando gallardamente, derechos, seguros de sí mismos sino más bien cojeando un poco porque han luchado con todas sus fuerzas.

¿Con cuánta profundidad les enseñamos a ver la realidad? En una visita a Roma son muchas las ocasiones para contemplar bellas iglesias, adornadas con fantásticas imágenes, frescos, estatuas, cuadros, vidrieras... Y te das cuenta de que en épocas anteriores la imaginación de la gente estaba repleta de esas imágenes. Eran imágenes que enseñaban a la gente cómo emular a ciertos modelos de la humanidad. En contraste, nuestros jóvenes crecen en un mundo dominado por brillantes imágenes en carteleras, websites, portadas de las revistas y anuncios de TV. Imágenes que prometen lo que no pueden dar, que se limitan a vender sueños inalcanzables con el señuelo de que serán más humanos cuando adquieran los artilugios apropiados y se vistan con la ropa de moda. Lo que hacen esas imágenes es ocultar los rostros de los pobres y de los que sufren; los hacen invisible. ¿Cómo podemos nosotros ayudarles a mirar con más profundidad el mundo real que se esconde detrás del virtual? ¿Cómo enseñarles a escudriñar esas páginas de falsas promesas de tal modo que sean capaces de contemplar el rostro de los pobres y se sientan movidos a servirles con pasión?

¿Con qué profundidad les invitamos a pensar? Nuestros estudiantes de hoy, como sabéis, están inmersos en un mundo increíblemente rico de información que entra en nuestras casas, nuestros ordenadores, por todos los poros de nuestras vidas. La mera cantidad de información y la facilidad con la que uno puede pasar de una página a otra, de un tema a otro, hace peligrosamente fácil la superficialidad. ¿Cómo les ayudamos a escoger, descartar, digerir, conectar, decidir sobre esta invasión de datos y sus concomitantes (aunque camuflados) valores? Hay evidencia de que la capacidad de la gente joven para absorber conocimientos y mantener un sentido crítico de lo que ven u oyen, se ha debilitado. Cuando miro alrededor y veo cuánto fundamentalismo y fanatismo prevalece en el mundo, y los sufrimientos que causa la falta de rigor en el pensamiento, me pregunto si no deberíamos empeñarnos en buscar con mayor creatividad el modo de asegurarnos de que nuestros estudiantes aprendan a pensar en profundidad.

¿Con qué profundidad llegamos al interior de las personas, a sus compromisos y sus convicciones, su fe y sus fuerzas? Sabéis con qué facilidad, incluso una cultura tan marcada por la religión como la de Filipinas, se transforma en secularizada y pluralista. Por todas partes se les ofrecen a nuestros jóvenes multitud de oportunidades; no sólo para elegir sitios web en internet, canales de televisión, tiendas de modas sino también de creencias y valores. Eso no es necesariamente negativo pero indica claramente que no podemos contar con que las estructuras externas y tradicionales, por sí solas, los mantengan en los confines de la fe y los valores cristianos. Yo he trabajado con inmigrantes de Filipinas y he visto con qué facilidad, cuando se encuentran en un ambiente desconocido, se pasan de un bando a otro. A medida que los soportes externos se debilitan, el interior tiene que fortalecerse. El conocimiento y las experiencias tienen que madurar hasta transformarse en convicciones profundas que pueden permanecer firmes en un ambiente confuso y hostil.

En fin de cuentas, la prueba que indica si una educación ha alcanzado cotas profundas consiste en saber si nuestros educandos son personas que pueden hacer decisiones nacidas del interior de sí mismos, que es otro modo de decir que la prueba de nuestro sistema de educación jesuita es constatar si es capaz de formar personas de discernimiento. Cada vez más, la gente hace decisiones que no están enraizadas en la dimensión de la fe, la conciencia, los valores o la verdad, sino en voces seductoras que vienen de fuera y

que susurran ganancias, provecho, fama, conveniencia o lo que está en boga. La gente se hace cada vez más débil para buscar, dentro de sus corazones, respuestas a cuestiones difíciles. Por otra parte, si nos fijamos en los alumnos de los que nos sentimos más orgullosos porque vemos en ellos la señal del sistema de educación jesuita, encontramos en ellos una cierta profundidad de percepción, de pensamiento, de compromiso y carácter junto con el hábito de decidir por razones del interior.

La frontera de la universalidad

La segunda frontera que querría proponer es la frontera de la universalidad. Quizás conozcáis una carta que, inspirada por la Congregación General 35, escribí recientemente sobre la universalidad de nuestra vocación jesuita. Creo que una frontera que estimula hoy la educación jesuita es la universalidad, en sentido ignaciano de amplitud de pertenencia y anchura de preocupaciones y responsabilidad. Insisto en que "magis" se traduce correctamente por universalidad con tal que se excluya el matiz de competitividad que a veces le damos a este término al traducirlo por "excelencia". Por supuesto nos esforzamos por llegar a lo "excelente". Pero a veces caemos en la trampa de considerar la "excelencia" de una; obra sólo cuando nos vemos a nosotros mismos como mejores que otros: mejores que otros colegios de otras órdenes religiosas o, peor aún, que otros colegios jesuitas!

Cuando viajo alrededor del mundo veo la violencia y el sufrimiento causados por un estrecho sentimiento de pertenencia y competitividad. Es una paradoja de esta nueva globalización que mientras la tecnología nos permite aumentar nuestros conocimientos de sitios y personas tan distantes de nosotros, al mismo tiempo crece el miedo al "otro", al que es "diferente" de nosotros, del que no pertenece a mi tribu, mi raza o mi casta. Por razón de sus miedos, la gente acaba encerrada en un mundo pequeño y mira a los que no pertenecen a su pequeño mundo como seres inferiores -en el mejor de los casos- o como amenazas que hay que eliminar, en el peor de los casos. Yo tengo miedo de que si no tenemos mucho cuidado, el prestigio de que gozan nuestros colegios, y la reputación de la "marca" jesuita de nuestra educación puedan tentarnos a convertir nuestros colegios en una nueva, pero estrecha base de pertenencia que usemos para distinguimos y separarnos de los otros.

Nada de esta estrecha "pertenencia" encontramos en la visión ignaciana de la vida. El fue siempre un hombre de grandes perspectivas: le atraía la contemplación de las estrellas, la vastedad del espacio que reflejaba la universalidad, el amor de Dios que abarca la totalidad. La preocupación de Ignacio fue siempre el bien universal; quería que los jesuitas estuvieran siempre dispuestos a servir en cualquier sitio donde hubiera la posibilidad de la gloria de Dios. Y reunió junto a sí un grupo de hombres tan diversos, de tantas lenguas, culturas, nacionalidades y personalidad para fundar con ellos un grupo de "amigos en el Señor" que trascendían sus pequeñas diferencias a favor de una dedicación común a la causa universal.

La Congregación General 35 dio más auge aún a la universalidad ignaciana cuando subrayó la urgencia de una perspectiva universal que nos permita mirar más allá de nuestras estrechas preocupaciones para trabajar junto con otros. No es posible que una Provincia o Región, o que todos los jesuitas solos puedan dar una respuesta a los grandes desafíos del mundo moderno. Los enormes desafíos en Filipinas, para dar un ejemplo cercano a casa, sobrepasan la posible respuesta que un colegio o una universidad pueden ofrecer. Es necesario adoptar una amplitud de visión y espíritu que pase por encima de estrechos sectarismos de tal modo que podamos trabajar juntos: jesuitas, colaboradores y compañeros de misión.

Más concretamente: ¿qué podría significar esta frontera de universalidad para la educación jesuita en Filipinas?

En primer lugar, como resultado del tiempo que han vivido con nosotros, ¿salen de nuestras aulas los estudiantes con un sentido de responsabilidad más amplio del que reina en sus familias, clase, clan? Son famosas las directivas de mis predecesores, los PP. Arrupe y Kolvenbach, acerca de los objetivos de la educación jesuita: formar hombres y mujeres para y con los demás. Hombres y mujeres cuyos corazones

se han universalizado y ensanchado de tal manera que sienten compasión por el pobre y el que sufre; de los que no forman parte con nosotros por un nexo de sangre pero que forman parte de la gran familia humana.

En segundo lugar, con respecto a los colegios ¿podríamos romper nuestro estrecho sentido de pertenecer a este colegio particular? Siento gran placer, por ejemplo, viendo que nueve colegios jesuitas en Filipinas están presentes en este congreso. Estoy informado acerca de cómo la Comisión Jesuita de Educación Básica y, más recientemente, la Comisión Jesuita de Educación Superior se han esforzado en promover un sentido más abierto de pertenencia y cooperación... pero no sin resistencia! (También sé esto). Ciertamente sería más alentador si este tipo de congreso no fuera el único en 150 años, sino que tuviéramos pruebas de que los colegios no existen en islotes de indiferencia y competitividad de unos con otros, sino más bien que juntos se enfrentan con preocupaciones comunes.

En tercer lugar ¿podríamos salir de nuestro particular sistema colegial para servir fuera de nuestro círculo jesuita en Filipinas? Nuestras instituciones han sido bendecidas con recursos humanos, materiales, académicos y espirituales muy por encima de otras instituciones en un país en el que la pobreza continúa siendo abrumadora para tantas personas, y en el que una buena educación puede ser el modo más efectivo para salir de esta deshumanizante situación. ¿Qué más podríamos hacer para servir, asistir y mejorar tantos otros colegios con tan escasos recursos en Filipinas? ¿Están limitados los recursos de la educación jesuita a estos nueve colegios, o sería posible pensar más creativamente modos más permanentes a través de los cuales, y a pesar de nuestras limitaciones de personal, pudiéramos compartir nuestra herencia y nuestros recursos de educación jesuita con un número mayor de gente, especialmente pobre, como lo hacen, por ejemplo las Escuelas Natividad en los Estados Unidos, o la Red Fe y Alegría en Latinoamérica?

En cuarto lugar, ¿podemos romper el cerco de nuestra preocupación por Filipinas y empezar a pensar cómo podríamos incrementar el servicio en el área de Asia, tan cerca de nosotros? Me produce satisfacción oír que existe un gran interés en el intercambio con colegios en China: esto es, sin duda, un paso muy positivo. Pero ¿dónde quedan las otras naciones más pobres de Asia Oriental con misiones jesuitas menos desarrolladas? ¿Podría el sistema educativo jesuita de Filipinas extender su servicio a Timor Este, Myanmar, Camboya, -para nombrar sólo algunas posibilidades- países en los que las necesidades por compartir lo que vosotros tenéis son mayores?

Fronteras de profundidad y universalidad de las universidades

Quisiera dirigir una palabra a los que están comprometidos con la Educación Superior y se han unido a nosotros esta mañana. Espero que lo que he dicho antes acerca de las fronteras de profundidad y universalidad sea relevante también para vosotros. Pero dejadme desarrollar un poco más el significado de "fronteras de profundidad y universalidad" en conexión con las universidades jesuitas.

El Santo Padre, durante su vivita a los Estados Unidos hizo referencia a una imagen muy impresionante para describir la Iglesia. Dijo que la Iglesia es como una catedral decorada con vidrieras. Cuando se está dentro de la catedral y se percibe la luz filtrada a través de los colores de las vidrieras, el espectáculo es sensacional. Pero si se mira a las ventanas desde el exterior, su encanto ha desaparecido: sólo se ven huecos oscuros, desprovisto de atractivo. Y el Santo Padre dijo que en el mundo de hoy, desgraciadamente, demasiada gente permanece fuera de la Iglesia contemplando sólo el oscuro hueco de ventanas ordinarias.

Recientemente, en una sesión con mi Consejo, hemos reflexionado sobre esta falta de atractivo que la Iglesia parece ejercer sobre la gente. Se trata de un serio problema. Tengo entendido que en un reciente sondeo en Inglaterra la mayoría opinaba que la religión causa en el mundo más daño que bien.

Evidentemente esta opinión no puede extenderse a otros países. Pero una actitud similar parece extenderse más y más, no sólo en Occidente, y pone sordina al mensaje de vida y esperanza del Evangelio que la Iglesia proclama. Con mis Consejeros hemos buscado un entendimiento de las causas que parecen debilitar la credibilidad de la Iglesia, con la esperanza de encontrar el modo con el que la Compañía de Jesús pueda servir a la Iglesia en este campo.

Las causas son complejas y no es éste el lugar ni el momento para discutir las. Pero algo que emerge claramente en cualquier discusión sobre este tema, considerado a lo largo de varios continentes, es la existencia de dos grupos particularmente desafectos a la Iglesia: los intelectuales y los jóvenes.

Con estos mismos grupos nos encontramos, sin duda, en nuestras universidades. Y precisamente por eso me parece que nuestras universidades podrían tener un puesto relevante en el intento de responder a este presente desafío con que se enfrenta la Iglesia. Situándose como universidades, con atrevimiento y creatividad, en las fronteras de lo profundo y lo universal.

Quizás una referencia a ideas concretas que aparecen en la reciente, y particularmente rica, encíclica de Benedicto XVI, "Caritas in Veritate", nos ayuden a dilucidar este punto.

Reflexionando sobre la enseñanza de Pablo VI en "Populorum Progressio" a la luz de nuestro globalizado e interconectado mundo, Benedicto XVI hace esta sorprendente afirmación: "A medida que la sociedad se hace cada vez más globalizada, nos hace a todos vecinos; pero no nos hace hermanos" (n.19). Un puro raciocinio, añade el Papa, nos lleva a entender "lo esencial de la igualdad" entre los seres humanos; nuestras disciplinas y tecnologías pueden ayudarnos a controlar "la existencia cívica"; pero el sentimiento y la convicción de que "el otro" es parte de mi familia, mis hermanos y hermanas de los cuales yo soy en parte responsable, puede venirnos solamente con la experiencia del amor paternal que Dios siente por todos los seres humanos. ¿Hasta dónde llegamos en el interior de los jóvenes confiados a nosotros, de modo que junto con una rigurosa formación intelectual y profesional logremos, con palabras del Santo Padre, "tocar su corazón"? (n.20)

Benedicto XVI cita a Pablo VI que afirmó: "el mundo se encuentra en dificultad por la falta de pensamiento" (n.53). Esta es una de las convicciones del Santo Padre que aparece a lo largo de la encíclica: la presente crisis económica del mundo y el sufrimiento continuo de millones nos revelan, que muchas de nuestras antiguas soluciones no funcionan, y se necesitan nuevos intentos basados en nuevas y más creativas formas para entender las muchas y complejas realidades de la vida humana y el mundo: negocios, finanzas, cultura, la función del estado y la política, el medio ambiente, la familia, la migración, las relaciones internacionales y la cooperación de derechos y deberes humanos, y el verdadero significado de lo que es el ser humano. Aquí hay un claro llamamiento a la profundidad: ¿cómo pueden las universidades, donde se encuentran tantos intelectuales tan dotados y tan altamente formados, nuestros maestros e investigadores, promover una reflexión e investigación aún más profundas en esas áreas tan cruciales de las que depende el futuro de un mundo mejor?

Finalmente, en esta encíclica, en la que el Santo Padre describe la globalización con palabras inolvidables como "la explosión de una interdependencia que abarca el mundo entero" (n. 33), no es de admirarse que llame a una similar interdependencia y cooperación en busca del verdadero amor. "En vista de la complejidad de los problemas", escribe, "es obvio que las diferentes disciplinas tienen que trabajar juntas a través de un intercambio ordenado y multidisciplinar en un esfuerzo colaborativo para servir a la humanidad."(nos. 30. 31). ¿Cómo pueden nuestras universidades jesuitas -el término "universidad" participa de la misma raíz que "universal"- responder a este llamamiento a la universalidad superando enclaves parroquiales de disciplinas, departamentos, universidades e incluso naciones, con vistas a entrar en un trabajo colaborativo que es un servicio al futuro de nuestro pueblo y nuestro mundo? ¿Cómo pueden, por ejemplo, las universidades jesuitas de Filipinas profundizar sus empeños en el esfuerzo colaborativo,

prometedor aunque todavía frágil, de la Asociación de Centros y Universidades Jesuitas en Asia Oriental y Oceanía?

Si nuestras universidades pueden profundizar la formación y el trabajo intelectual, y hacer más colaborativo y universal nuestro trabajo común, nuestras universidades verdaderamente servirán la misión de la Iglesia encaminada a un desarrollo humano integral, y al mismo tiempo darán testimonio al mundo secularizado de hoy, de que en la Iglesia está presente un amor que engendra vida y verdad.

Conclusión: adelante con esperanza

Tenéis delante de vosotros un largo programa de discursos y estoy seguro que se os presentarán muchos desafíos para que reflexionéis sobre ellos. En el espíritu de non multa sed multum quiero dejaros con esas dos fronteras que, como he dicho, en mi juicio son dos de las más importantes fronteras para toda la Compañía de Jesús que abarca toda su vida y misión en el día de hoy: profundidad y universalidad. Confío en que más tarde tengáis ocasión de reflexionar con más profundidad sobre lo que he dicho para confirmar, corregir o concretar.

Antes de acabar, sin embargo, querría compartir con vosotros una anécdota de la vida del Padre Arrupe. Una de sus pocas apreciadas posesiones, me han dicho, era una fotografía que recibió del astronauta Neil Armstrong, el primer hombre que pisó la luna. Era una fotografía de la tierra tomada desde la luna que el P. Arrupe conservaba sobre la mesa de su despacho como elocuente recuerdo en momentos difíciles. Cuando se encontraba asediado por problemas arduos que no permitían dilación, miraba la fotografía y se preguntaba a sí mismo: "¿dónde aparece Italia en esta foto? ¿Se puede ver Roma? ¿Puedo ver la calle Sorgo Santo Spirito (donde está localizada la Curia General)? Ni Italia, ni Roma, ni la calle S. Spirito podían localizarse... Y entonces concluía: "si no puedo localizar Sorgo S. Spirito, quizá el problema que me preocupa no sea tan grande!" Y recobraba la paz.

Me parece que es una buena anécdota para profesores y administradores aquí presentes cuando pesen sobre vosotros problemas que parecen insolubles y se presentan con cariz angustioso. Espero que la recordéis y encontréis solaz en ella. Sin embargo no se trata de quitarle importancia a los verdaderos problemas pretendiendo que no son reales. La moraleja es otra: mirar las incidencias desde una perspectiva más amplia.

Más precisamente, yo creo que esta foto ayudó al Padre Arrupe a ver las cosas -nuestro trabajo, nuestro servicio, los problemas y desafíos que nos encontramos- desde el auténtico punto de vista del Dios infinito que abraza toda nuestra finitud. Qué hacemos, cómo proyectamos y decidimos no son cosas de poca importancia. Pero hay algo más grande que todo eso: el plan universal de Dios que quiere dar vida y gozo a este mundo: eso es lo que le da a todo eso verdadera profundidad, valor y sentido.

En cierto sentido esto es lo que yo he intentado modestamente decir en este discurso inicial del Congreso. No he hablado con la técnica de un educador. Pero al recordaros una educación que promueve profundidad y universalidad, no os he hablado de objetivos generales en la educación sino de metas específicas de la educación jesuita que hace de ella no sólo una noble tarea humana, sino un servicio del Evangelio. Si soñamos con un sistema educativo que enseñe a las personas cómo decidir a partir de su interior, desde lo profundo de sus corazones, y servir generosamente, no como a una tribu sino como a sector de la humanidad tan amplio como posible, es porque estos eran los objetivos de Jesús. Y la única razón por la que existen los colegios de la Compañía es para servir a la humanidad según la visión y el espíritu del Evangelio.

Dejadme decirlo de otro modo. Recientemente, durante una intensa reunión del Consejo General, uno de los consejeros señaló que estábamos usando repetidamente los mismos verbos: planificar, coordinar,

organizar. Son verbos organizativos, importantes para seguir adelante. Pero en la Eucaristía de aquella tarde el evangelio mostraba a Jesús enviando a sus discípulos mediante verbos que eran muy distintos: predicar el Evangelio a los pobres, sanar a los enfermos, curar a los leprosos, expulsar a los demonios, resucitar a los muertos. Todos estos verbos indican vida; verbos de dar vida que muestran que la vida de Jesús, el negocio que trae entre manos, es hacer que la vida fluya con más abundancia a través de la humanidad allí donde falta o está obstruida. Y el secreto verdadero de la misión no es librarse de los verbos organizativos o los verbos del Evangelio sino hacer de modo que las acciones organizativas de las que tenemos que ocuparnos, sean expresión de acciones que transmitan la vida del Evangelio. Sí; hacemos planes, coordinamos, organizamos, pero sólo para que podamos anunciar la Buena Nueva a los pobres, curar a los enfermos, liberar a los esclavizados, resucitar a los muertos!

Creo que es lo mismo en el caso de la educación jesuita. Usamos muchos verbos en el curso de nuestras vidas en los colegios: preparamos el programa, practicamos la gestión de las clases, asistimos a reuniones del departamento, escribimos artículos, damos notas a nuestros estudiantes. Pero al reflexionar sobre la profundidad y la universalidad, caemos en la cuenta de que todas estas acciones las emprendemos solamente porque queremos ser instrumentos para compartir, aumentar y enriquecer la vida según el plan de Dios.

Este pensamiento no sólo nos desafía sino que también nos infunde valor. Los problemas y desafíos son muchos pero al fin caemos en la cuenta de que somos siervos de la misión de Cristo y, como el P. Arrupe veía en aquella fotografía, hacemos lo que podemos pero en fin de cuentas todo está en las manos de Dios.

Rezo para que al continuar este congreso, los desafíos no os desanimen sino que los superéis con gozo y decisión, con optimismo y esperanza. Como aquellos jesuitas que regresaron en 1859, como todos los fundadores de vuestros respectivos colegios que comenzaron sin un mapa de ruta y sin garantías, pero con energía y convicción. Que también vosotros os encaminéis hacia las fronteras con valor, persuadidos de que participáis en la tarea del Dios que da la vida!